Autoctonía
Revista de Ciencias Sociales e Historia

Construcción de la alteridad desde la perspectiva religiosa: exposición araucana y museo capuchino de Altötting (Baviera) a principios del siglo XX

Construction of otherness from a religious perspective: the Araucanian exhibition and the Capuchin Museum in Altötting (Bavaria) at the beginning of the 20th century

Fabregat-Peredo, Mario
Universidad de La Frontera, Chile
mario.fabregat@ufrontera.cl
https://orcid.org/0000-0002-2369-2869

Resumen

Desde una perspectiva de historia fronteriza, el objetivo de este artículo es analizar las prácticas científicas de los misioneros capuchinos bávaros en La Araucanía, a principios del siglo XX, a través de la exhibición de objetos y fotografías de la cultura mapuche-williche. La sistematización del material que ellos seleccionaron dio origen, en 1906, a la primera exposición en Altötting llamada *Chile-Missionsausstellung* y, en 1910, a la creación del Museo Capuchino de Altötting y la consiguiente *Exposición de la Misión Indígena (lado sur) de los Padres Capuchinos* y otras exposiciones posteriores. Todo esto se dio en el marco del proceso de asimilación cultural de la población indígena, situación que permitió el contacto de dos culturas distintas, y en donde la europea cumplió un rol consignado como civilizador, mandatado por el Estado chileno. Al mismo tiempo, el logro de los objetivos misionales debía ser demostrado con evidencias concretas, razón

Autoctonía. Revista de Ciencias Sociales e Historia
Vol. 10, No. 2 (2026), 1241–1295
ISSN: 0719-8213
DOI: https://doi.org/10.23854/autoc.v10i2.719

por la cual los misioneros recolectaron diversas materialidades que alentaron la formación del museo. Consideramos que, al igual que las expediciones científicas, se quería transmitir la diferencia entre la sociedad civilizada y la de los sujetos de civilización.

Palabras clave: capuchinos bávaros, mapuche, exposición, museo.

Abstract

From a frontier history perspective, the aim of this article is to analyze the scientific practices of Bavarian Capuchin missionaries in La Araucanía in the early 20th century through the exhibition of objects and photographs of the Mapuche-Williche culture. The systematization of the material they selected gave rise, in 1906, to the first exhibition in Altötting called *Chile-Missionsausstellung* and, in 1910, to the creation of the Capuchin Museum of Altötting and the subsequent *Exhibition of the Indigenous Mission (south side) of the Capuchin Fathers* and other subsequent exhibitions. All this took place within the framework of the cultural assimilation of the indigenous population, a situation that allowed contact between two different cultures, with the European culture playing a civilizing role, mandated by the Chilean state. At the same time, the achievement of the mission's objectives had to be demonstrated with concrete evidence, which is why the missionaries collected various materials that encouraged the formation of the museum. We believe that, as with scientific expeditions, the aim was to convey the difference between civilized society and those subject to civilization.

Keywords: Bavarian Capuchins, Mapuche, exhibition, museum.

Recibido: 29 de agosto de 2025 – **Aceptado:** 11 de marzo de 2026

1. La conquista científica del mundo y la «superioridad» moral de Occidente

A través de lo que fueron los espacios de exhibición de objetos y fotografías de la cultura mapuche-williche, este trabajo tiene por objetivo analizar la práctica museística desarrollada por los misioneros capuchinos bávaros, en la primera exposición realizada en 1906 en Altötting (Baviera), llamada *Chile-Missionsausstellung*, acción que propició, en 1910, la creación del Museo Capuchino de Altötting, la consiguiente *Exposición de la Misión Indígena (lado sur) de los Padres Capuchinos* y la realización de exposiciones posteriores. Para identificar los materiales u objetos de las exposiciones, entre 1906 y 1930, revisaremos los inventarios disponibles de los respectivos años. Nos apoyaremos en fuentes de archivo seleccionado *in situ* desde la Biblioteca de la Universidad Católica de Eichtätt-Ingolstadt (Universitätsbibliothek Eichstätt-Ingolstadt) y el Archivo de la Provincia Capuchina Alemana, Altötting (Archiv der Deutschen Kapuzinerprovinz, Altötting). Otro material fotográfico proviene del Museo de los Cinco Continentes de Múnich (Museum Fünf Kontinente München), que autorizó su difusión, y del Archivo iconográfico de la Dirección de Bibliotecas y Recursos de Información de la Universidad de La Frontera. A modo de hipótesis de trabajo planteamos que los misioneros capuchinos bávaros fueron portadores de los paradigmas modernos del positivismo científico, característica que se evidenció en el interés por recolectar, ordenar, clasificar y coleccionar muestras de la flora, la fauna y la materialidad cultural de la región de La Araucanía y que, simultáneamente, contribuyó a la difusión y justificación de los quehaceres religiosos de la orden.

En su despliegue pastoral por La Araucanía, los capuchinos bávaros establecieron un total de 27 misiones con sus respectivas parroquias. Primero como prefectura apostólica (1896) y, desde 1928, como vicariato apostólico a cargo de un obispo —Guido Beck de Ramberga—, se caracterizaron por un marcado interés científico y formación «universitaria», lo cual se explica por la

doctrina de la orden y por el contexto político y cultural de la época (Alvarado, Helmke, y Pairican, 2022). Habían transcurrido diez años desde su arribo al territorio cuando inauguraron la primera exposición, *Chile-Missionsausstellung*, y luego, el museo de Altötting, en 1910. La historia de este museo culmina el año 1987, momento en el cual se procedió a su cierre, principalmente por razones económicas, con el consiguiente traspaso de las colecciones desde Altötting al Museo Estatal de Etnología de Múnich, hoy llamado Museo de los Cinco Continentes (*Museum Fünf Kontinente*), donde se encuentran en la actualidad.

Se han realizado algunas conjeturas sobre el origen del museo de Altötting y se presume que el gestor intelectual habría sido el padre Isidor Schmitt, editor de la revista *Altöttinger Franziscus-Kalender* (Almanaque de San Francisco), al considerar que era estratégicamente conveniente montar una exposición en esa ciudad porque era un lugar al que concurrían miles de peregrinos de distintas partes de Alemania para ver a la virgen de Altötting, los que aprovecharían su estadía para visitar la exposición. Por esta razón, en 1901, el padre Schmitt solicitó al prefecto de la misión araucana, Burcardo María de Rottingen, que enviara a Alemania material etnográfico, botánico y zoológico. Al año siguiente, Schmitt habría recibido parte del material solicitado, embalado en cajas, sin detallarse cuáles ni de qué tipo. Toda esta información fue proporcionada por el mismo padre Isidor Schmitt, a través de un manuscrito que está en el archivo capuchino de Altötting, que lleva por nombre «Die Gründung und Erweiterung des Missionsmuseums» (La fundación y extensión del museo misionero), sin fecha, y que aparece publicado en un artículo de historia regional alemana (Haringer, 2005). Esta información también ha sido trabajada por otros investigadores alemanes, intentando desentrañar una compleja historia sobre el origen y destino de objetos sagrados y de uso cotidiano de los mapuche-williche. Al respecto, destaca una reciente investigación publicada en Bélgica sobre la circulación de objetos desde La Araucanía a Baviera (Scholz, 2025).

En 1910, los misioneros bávaros estrenaron en el nuevo museo la «Exposición de la Misión Indígena (lado sur) de los Padres Capuchinos». La exposición y el museo constituían un soporte o dispositivo moderno de puesta en escena que encontraba su correspondencia con la pulsión científica que mostraba inmensos avances tecnológicos (Pagnotta, 2018). Tanto las fotografías como la materialidad exhibida representaban el valor de la imagen en cuanto garantía de objetividad. La cultura mapuche fue mostrada «bajo una óptica científica» porque, precisamente, ellos eran «científicamente activos» (Helmke y Hoth, 2022). En el museo, las vitrinas contenían muestras de los «reinos animal, vegetal y mineral», con «cerámicas, plantas, platería, textiles, madera, huesos, aves y mamíferos taxidermizados». A partir de 1913 se incluyeron «dioramas» en una estructura de madera llamada *Missionsguckkasten*, que permitía ver imágenes tridimensionales que mostraban las experiencias de contacto entre «indígenas y capuchinos» (Helmke y Hoth, 2022).

Desde una perspectiva histórica, y como parte de una mentalidad de época, indiscutiblemente el siglo XIX tiene una singularidad caracterizada por la preponderancia del paradigma científico-positivista y la idea de progreso que albergaba un gran optimismo en el futuro. Esto produjo cambios e innovaciones políticas, económicas, sociales y culturales. Todo este cuadro generador de acciones provocó una especie de aceleración del tiempo histórico, con una evolución secularizadora de la sociedad o, también llamada, «mundanización» (Koselleck, 2003). En ese contexto, el siglo XIX aparece rebosante. Desde la Europa que concentra el nuevo conocimiento se sale a decodificar el mundo, a identificarlo y clasificarlo bajo los preceptos de los nuevos paradigmas que, según se creía, eran confiables e inapelables (Fabregat, 2022). Finalmente, lo único importante era demostrar que el nuevo conocimiento podía acceder a conclusiones lógicas y objetivas (Koestler, 2014).

Humboldt y Darwin fueron los mejores ejemplos de esta época al realizar largas

travesías por mares y continentes, descubriendo y redescubriendo los «recursos y potencialidades» de la naturaleza. La economía capitalista, el desarrollo del imperialismo y colonialismo, y en otras latitudes como Hispanoamérica, la conformación de los estados-nacionales, fueron las grandes palancas de este vertiginoso movimiento. Si pensamos en el copamiento colonial de África y Asia por parte de Francia y Gran Bretaña, y la inspiración fundamental despertada por Humboldt para el movimiento nacionalista alemán de mediados del XIX, podemos comprender la importancia primordial que tuvo en Alemania la recolección y el estudio material de la América precolombina (Gänger, 2014).

En el caso de Chile, desde la década de 1830 y hasta la de 1860, los científicos Claudio Gay e Ignacio Domeyko, realizaron viajes exploratorios contratados por los gobiernos, a una escala menor pero con similares propósitos a los de Humboldt y Darwin. Representaron la necesidad política de gobernar territorios y controlar poblaciones (Flores, 2015). La labor de Gay se desplegó en varias dimensiones científicas, destacando sus habilidades en terreno, vale decir, en la recolección, la conservación, el transporte, el estudio y la ilustración emprendida desde la obtención de los objetos hasta su destino final en los museos o gabinetes de las metrópolis (Serra, 2022). Como muestra del alcance y de la complementariedad entre científicos y sacerdotes, el mismo Domeyko no olvidó el aporte que podían significar los misioneros en el control estatal del territorio, recomendando su participación para expandir la doctrina cristiana y avanzar hacia la civilización de los indígenas (Domeyko, 1846).

Posteriormente, varias instancias asociativas de investigación en Santiago se nutrieron con la recolección científica de materiales emprendida por los misioneros, quienes excavaron o mandataron excavaciones en cementerios (Gänger, 2014).

El sentido del sustantivo civilización, «en tanto empresa de un gobierno ilustrado», habría aparecido el siglo XVIII. El siglo siguiente, la

incorporación del sustantivo barbarie, armando el clivaje civilización-barbarie, sería obra de James Mill, quien en *History of British India* lo habría empleado para demostrar la superioridad cultural británica sobre la India (De la Barra, Rodríguez y Leal, 2022). Para la historiografía referida al periodo decimonónico del Cono Sur, la bipolaridad cultural y la jerarquía asimétrica civilizado-incivilizado, fue extensamente abordada por el intelectual argentino Domingo Faustino Sarmiento, quien, viviendo en Chile su exilio político, publicó en 1845, bajo la Imprenta del Progreso, *Civilización i Barbarie. Vida de Juan Facundo Qiroga*. Para La Araucanía, el significado histórico del sustantivo civilización le entregó al misionero una parte de la legitimidad de su apostolado.

La eclosión político-cultural de Europa estimuló el desarrollo científico que debía comprobar, como se creía, la superioridad de la raza blanca. La antropometría como método de estudio ayudó a la clasificación y caracterización racial. Nuevas tecnologías como la fotografía fueron utilizadas para este fin, aunque pronto se encontraron otros usos como el de la identificación de criminales, locos y enfermos. Un buen ejemplo fue el del criminólogo francés, Alphonse Bertillon, creador del método llamado *bertillonage*, empleado en Chile por la policía (Fabregat, 2023); y el de Leotardo Matus, uno de los pioneros de la antropometría, quien fue enviado por el gobierno a La Araucanía para realizar trabajos con población indígena, los que concretó en Quepe y Panguipulli, con la colaboración de los misioneros capuchinos bávaros. De acuerdo al trabajo que luego publicó en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, el año 1912, titulado «Vida y costumbres de los indios araucano», logró realizar mediciones en 150 indígenas «de toda clase y edades» (Matus, 1912, p. 384). El sistema de creencias dominante fijaba «las premisas de lo fiable», «lo creíble» y «lo aceptado como verídico» (Fabregat, 2025b, p. 157). La administración de la modernidad implicaba aplicar políticamente el conocimiento científico. Era la fe que inclinaba la balanza hacia la «opción por el juicio fundado en la ciencia» (Sanhueza, 2025, p.11).

En paralelo, la vivisección de animales y su momificación con afanes científicos-exploratorios, perfeccionaron la técnica de la taxidermia. Reunir «material» humano, animal y vegetal dio origen a los gabinetes y museos, tanto públicos como privados, y con fines recreacionales como científicos. Si, como señala Anderson, el censo, el mapa y el museo moldearon «el modo en que el Estado imperial imaginó sus dominios» (2021: 249), el museo de Altötting contribuyó para que los capuchinos y quienes lo visitaban, hicieran lo propio con las misiones. Sin embargo, la defensa honesta del mapuche es algo que no se puede soslayar a la hora de evaluar la acción misionera bávara (Fabregat, 2025a, p. 87).

La historicidad de la época instaló un clima propicio para dominar y controlar la naturaleza y, a la vez, remarcar las diferencias entre la sociedad moderna, con un destino promisorio, y las consideradas primitivas, estigmatizadas por el atraso e inexorablemente condenas a la desaparición (Barría y Romero, 2024). También, en alguna medida, y en su calidad de «antiguo», lo primitivo fue revestido de un aire de autenticidad, dotándolo de un valor adicional (Vargas Paillahueque, 2024). Sus huellas estaban en la materialidad que sobrevivía. En una suerte de similitud mimética entre las sociedades consideradas primitivas y el medio natural que habitaban, se construyeron y organizaron colecciones para exhibir la vida indígena en condición reificada y en calidad de objeto exótico (Kopytoff, 1986), al mismo tiempo que se dinamizaba su circulación para dar vida a los museos, reductos prioritarios para la formación de redes de integración científica e interdisciplinaria (Sheets-Pyenson, 1988). Fue una especie de cosificación que degradó las construcciones culturales de las sociedades dominadas y que, a posteriori, serían resignificadas por las nacientes disciplinas, como la antropología y la etnología. No fue una acción premeditada para degradar, pero el valor de sujetos y objetos estuvo en tanto y en cuanto representaban materialidades disponibles para el conocimiento y el saber (Truccone, 2021).

Las publicaciones antropológicas daban cuenta de los «vestigios materiales del pasado», describiendo y clasificando objetos

que pasaban a formar parte de las «colecciones de los museos o circulaban entre los coleccionistas» (Mora y Vásquez 2018). En ese sentido, la colección y el museo constituyeron la metáfora de la derrota real y simbólica de aquellas sociedades encerradas en su supuesta «precariedad», limitadas al porvenir por sus atavismos y que transitaban a su acabamiento (Nora, 1997).

Al igual que los objetos en las vitrinas del museo, se entendía que las sociedades que las producían estaban estáticas en el tiempo. La ciencia las revitalizaba en función de sus intereses, lo que, a su vez, servía para convencer que la extinción de las culturas desde donde emanaban encontraban su oxímoron en la supuesta superioridad de Occidente. La jerarquía cultural facturaba a su favor por ser acreedores de la racionalidad moderna (Fabregat, 2010). Así, la etnología y la antropología construían, junto con la museología, los conceptos de un patrimonio ahora universal, lo que, según se creía, hacía justicia a los pueblos olvidados y, a su vez, mostraba la benevolencia de los dominadores frente a los dominados (Scholz, 2025). Los primeros representaban la salvación de lo que estaba condenado a morir, legitimando moralmente su superioridad (Mora y Payàs, 2021). Los misioneros fueron agentes activos de la recopilación de este acervo objetual y de su catalogación, posicionándose como grandes contribuyentes del saber. A su vez, como cristianos, se erigían como un grupo que promovía una suerte de justicia histórica entre las razas al recordar el valor del ser humano como criatura de Dios. También, era la oportunidad para evidenciar en Europa su labor misional en estos lugares tan alejados del considerado mundo civilizado.

Dentro de la búsqueda derivada de la fascinación por conocer y comprender sociedades indígenas existentes en Chile, surgieron distintos sitios de interés arqueológico convertidos con el tiempo en verdaderos laboratorios etnológicos y antropológicos, que fueron descriptores culturales y generadores de conocimiento. Chinchorros, Changos y Atacameños en la zona norte; Yaganes en el extremo sur fueguino; y mapuches en la zona

centro-sur, por nombrar algunos (Pavez, 2015). En ese tránsito histórico, el influjo alemán y de lo alemán en la producción de este conocimiento científico gozó de cierta autoridad. Esto alcanzó favorablemente a los capuchinos bávaros, que fueron escuchados con respeto e incluso con admiración. Empero, la «modernidad alemana» y el conocimiento que en algún momento circuló casi sin cortapisas en la sociedad finisecular, comenzó a mostrar algunas resistencias por parte de la élite de cuño «hispanista» que miró con desconfianza a una ciencia «etnológica» que, aparentemente, los amenazaba con disolverlos en la categoría de mera «tradición» (Pavez, p. 30).

Por otra parte, la conciencia respecto al interés sobre las culturas exóticas y la práctica coleccionista que dio existencia a los museos —prueba además de una mentalidad empírica— llevó a algunos a ofrecer como mercancía diversos objetos para su transacción. En algunos casos imperó una lógica comercial, distanciándose de particulares, instituciones y gobiernos que tuvieron una genuina preocupación por la cultura y por la ciencia (Scholz, 2025). Así lo demuestra una información de archivo sobre objetos mapuches. El año 1915, un sujeto que se identificó como Jorge Hernández Lillo, escribía al Ministro Plenipotenciario de España, señalándole que durante varios años había logrado reunir una «importante colección de artículos araucanos», entre los cuales se encontraban «útiles de caza, armas, piedras trabajadas, joyas de plata, tejidos y una banda completa indígena» (Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Carta fechada en octubre de 1915, Temuco, Caja 54/09261, Documento 01). Decía pertenecer a la Sociedad Caupolicán Defensora de la Araucanía, la primera gran organización política mapuche, fundada el año 1910, y cuyo objetivo buscaba luchar en el terreno institucional por los derechos ancestrales. La organización nació en medio de las celebraciones del centenario de la república de Chile, lo que guardaba un significado simbólico. Estuvo dirigida por personajes letrados del mundo mapuche, como Manuel Neculmán, maestro normalista (Cárdenas, 2012; Bengoa, 1996).

Como miembro de la sociedad, Hernández se autodefinió como «defensor» de la «Raza Araucana», calidad que le había permitido obtener, mediante la compra, los objetos que ofrecía. A renglón seguido, le señalaba al diplomático que este mismo ofrecimiento se lo había realizado a otros ministros, lo que aparece como una forma de presión para concretar la transacción. Para que lograra dimensionar la oferta, proponía enviarle «fotografías» y el «detalle científico» de los artículos, todos los cuales podrían resultar, según él, de mucho interés para su «gobierno». También le garantizaba que el pago lo podría realizar en cuanto se encontrara «toda la colección en su poder» (Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Carta fechada en octubre de 1915, Temuco, Caja 54/09261, Documento 01).

Existen otros casos, como la colección mapuche de Doyharcabal, que, a diferencia del caso de Hernández Lillo, dieron pie a corrientes de valoración artística y etnográfica más sustantivas. Lo que *a posteriori* se cuestionó fue el hecho de que la relación asimétrica entre los llamados dominadores y dominados generó un espacio de desigualdad cultural en el entramado museístico (Vargas Pailahueque, 2024).

2. Ocupación de La Araucanía y la impronta capuchina bávara

El arribo de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos (O.F.M. Cap.) a La Araucanía durante el siglo XIX, responde a la reimplementación de una estrategia política de larga duración en Chile. Desde la llamada Conquista en el siglo XVI, la Corona utilizó misioneros de distintas congregaciones para dominar a la población indígena. Establecida la república, el Estado inició el año 1852, con la creación de la provincia de Arauco, la ocupación de un territorio fronterizo que interrumpía el control soberano entre el río Biobío y el norte de la provincia de Valdivia. La nueva provincia respaldaba jurídicamente el proceso que nosotros llamamos de soberanización de la Frontera (Flores y Fabregat, 2023; Flores, 2019; Pinto, 2003 y 2015). El sacerdote José Manuel Orrego, quien

fue Obispo de La Serena, entre 1868 y 1887, concurrió personalmente a La Araucanía en el marco de la voluntad del gobierno por incorporar definitivamente el territorio. Sus ideas sobre las misiones que debían instalarse y el método que debían utilizar, las publicó en cuatro escritos aparecidos en la edición de 1854 de *La Revista Católica*, con el título «Memoria sobre la civilización de los Araucanos». Abogaba por la Compañía de Jesús para que se hiciera cargo de las misiones, entre otras razones, por su «ilustrada experiencia», la «sabiduria de sus doctores», y el coraje que habían mostrado a lo largo de su historia (Orrego, 1854b, pp. 900–901). Todo esto contrastaba con lo que él mismo había visto en la región, sobre todo con el paupérrimo desempeño de franciscanos y capuchinos italianos, menguados en número e imposibilitados de acceder a los indígenas porque, según decía, «la mitad por lo menos, no posee el idioma araucano» (Orrego, 1854b, p. 898), y cuya labor se reducía a «leer, escribir y rezar en castellano a un corto número de niños que por lo regular no pasa de quince» (1854a, pp. 891–892).

Orrego era consciente de las dificultades que le generaba a los misioneros la presencia de los propios «cristianos» y «españoles» (chilenos) que comerciaban licores, promoviendo la «embriaguez» que «embrutecía» a los «salvajes» y los inhabilitaba para «abrazar el cristianismo» (Orrego, 1854b, p. 899). También, estos sujetos veían en los misioneros un «obstáculo contra sus estafas» que perpetraban contra los indígenas (Orrego, 1854b, p. 899). Las descripciones sobre la realidad de la frontera y las propuestas que realizó, ubican a Orrego como un personaje pionero en la nueva etapa misional de mediados del siglo XIX, situación que lo llevó a proponer una especie de método misionero, aunque apelaba a la experiencia de la evangelización colonial, como eran las misiones volantes o circulares, que debían estar en «continuo movimiento», frecuentando los hogares de los indígenas. Un hecho revelador del valor científico es que, aparte de evangelizarlos de manera más efectiva, Orrego decía que esta cercanía permitiría también «estudiarlos y conocerlos bien» (1854c, p. 909).

En 1848 comenzaron a llegar los primeros capuchinos italianos a La Araucanía y, en 1896, los bávaros. Formaron la nueva cohorte de misioneros destinados a la evangelización y asimilación cultural de los indígenas. Además, los capuchinos bávaros debían transmitir los nuevos valores de la nación, aquella comunidad forjada mediante el cultivo de la memoria histórica, creadora de signos y símbolos identitarios a partir de una filiación afectiva (Gutiérrez y Fabregat, 2024). Representaron un poder más intangible y «persuasivo» que las fuerzas militares de ocupación, una especie de «poder blando» y «diplomacia híbrida» que conjugó objetivos políticos y religiosos (Nye, 2004; Troy, 2018).

Los capuchinos bávaros contaron para la expansión de su obra con la ventaja de la ocupación estatal del territorio, situación que les granjeó un prestigio que no tuvieron los capuchinos italianos. Los límites del espacio de misionalización comenzaban al sur del río Cautín, incorporando la provincia con dicho nombre, y el norte de la provincia de Valdivia. En 1937, también se hicieron cargo de la isla de Rapa Nui, destacando en este proceso el padre Sebastián Englert (Noggler, 1982). La estrategia misional contemplaba, aparte de la labor educativa y evangelizadora de los niños, la enseñanza de oficios, principalmente la carpintería, pues, según decían, había que dotarlos de las herramientas necesarias para que se incorporaran a la sociedad chilena. Se seguía el modelo de «educación para el trabajo» (de Pamplona, 1911; Azócar, Nitrihual, Flores, López y Pacheco, 2015).

Respecto a la labor de asimilación cultural implementada por los capuchinos bávaros, se ha señalado que su etnocentrismo tuvo un carácter etnocida, pero es posible pensar que una afirmación de esta naturaleza constituya un anacronismo porque, por lo demás, este etnocentrismo contenía matices importantes y no fue impuesto a rajatabla. Por ejemplo, las misiones que se fundaron tomaron el nombre de la localidad donde se instalaron y, en muchos casos, los misioneros se comprometieron en una férrea defensa de la vida, la cultura y las tierras

de los indígenas, arriesgando su propia integridad física (González y Llancavil, 2017; de Frauenhäusl, 1905). Es cierto que, para la época, los conceptos de civilización, evangelización y chilenización no estaban separados, manteniendo una unidad ontológica y teleológica. Había que perseguir objetivos ineludibles. Sin embargo, los mapuche-williche también fueron valorados por sus saberes. Como dijo un misionero, «difícilmente» se hallaría una cultura que mostrara el exhaustivo conocimiento de la «fitonimia» y el manejo de plantas curativas y de sus cualidades nutritivas y alimenticias (de Möesbach, 1992).

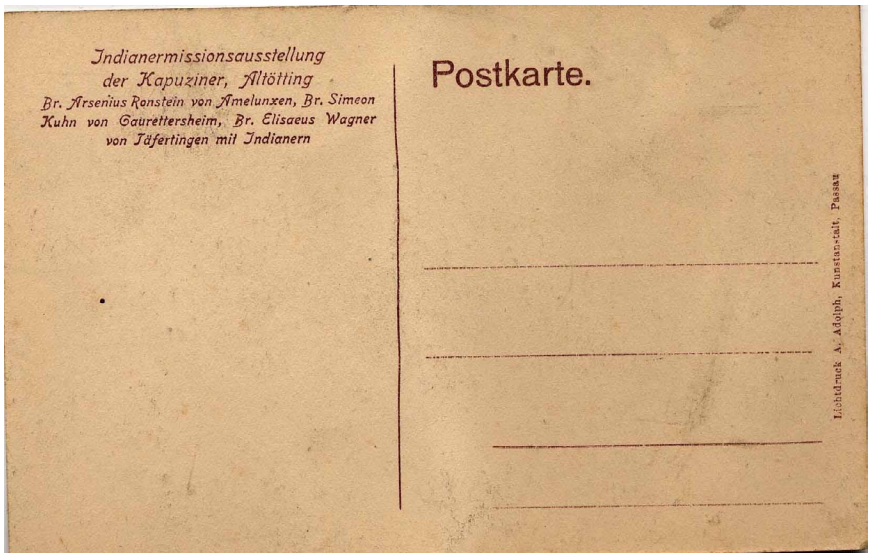
En la dimensión política, la recolección de objetos realizada por los capuchinos bávaros en La Araucanía, para ser exhibidos en Europa, fue un acicate importante en la búsqueda de validación dentro del segundo Imperio Alemán (1871–1918) (Fabregat, 2025a). Por lo demás, los capuchinos bávaros habían sido educados en espacios donde la excavación, colección y estudio de objetos era un pasatiempo popular, lo que, por un lado, les facilitó una observación participante con las comunidades indígenas (Mora y Vásquez 2018) y, por otro, permitió vincularlos con individuos de intereses similares (Gänger, 2014).

La misión posibilitó que mundos separados por miles de kilómetros fueran unidos por la fe. Este *tête-à-tête* entre culturas permitió acercar ciencia y catolicismo, dinámica que tomó aún más fuerza dentro de los capuchinos con el surgimiento de la misiología, la ciencia de las misiones, a comienzos del siglo XX (Candia da Silva, 2023; González y Llancavil, 2017). Parte de esto se puede explicar en la fotografía de la tarjeta postal que retrata a tres misioneros, que por ahora no hemos identificado, con un grupo de indígenas (Imagen 1). En esta fotografía titulada «Misioneros capuchinos y gente mapuche», editada por Imprenta Lichtcruck A. Adolph (ca. 1910) se configura una imagen general muy canónica del imaginario misional. Impera el medio natural con protagonismo de la flora que rodea al conjunto de las personas. Atrás, a la izquierda del observador, se puede

distinguir una construcción de madera que puede formar parte de las instalaciones de una misión (escuela, capilla, dormitorios, etc.). En primera fila aparecen los protagonistas de la historia, un hombre y cuatro mujeres con indumentaria mapuche. Son parte de la cultura sujeta a la asimilación movilizada desde la acción misional. Otros hombres con rasgos indígenas de distintas edades, vestidos con chaqueta abotonada, camisa y sombrero, miran fijamente la cámara. Usan calzado, al igual que el mapuche sentado en primera fila. Son las huellas que ha dejado la civilización. Los articuladores de la transformación son los tres misioneros con barba y sotana. El del medio esboza una sonrisa. Los otros dos, ubicados en los extremos del grupo, cierran la escena.

El perfeccionamiento de los formatos fotográficos permitió la elaboración de tarjetas postales que los misioneros distribuyeron para obtener recursos, principalmente entre los fieles de su provincia natal (Flores y Azócar, 2017). Para algunos investigadores en estas fotografías-tarjetas se vislumbra «la narración de una historia dolorosa de despojo de identidad en los pueblos originarios», mediante la alianza entre los misioneros y el Estado. Al indígena se le visualizaría como el «salvaje» que es «necesario civilizar» y se le refleja como un ser bárbaro que contrasta con los «avances científicos» del «hombre moderno» (Gutiérrez y Ruiz-Mella, 2022). Esta apreciación tan dura puede ser criticada y matizada.

Imagen 1. Tarjeta Postal. «Grupo de misioneros capuchinos con Mapuche (extraído del reverso)». Archivo iconográfico de la Araucanía



Fuente: *Indianermissionsausstellung der Kapuziner*, Altötting. Fondo Capuchino, Tarjetas Postales. Dirección de Bibliotecas y Recursos de Información, Universidad de La Frontera.

Todo este fenómeno del conocimiento se acrecentó en el siglo XIX, aunque la historia muestra que distintas congregaciones religiosas llegadas a América, desde el siglo XVI, tenían una vocación por la ciencia y el saber. Ahora se hacía más sistemático y riguroso. Desde 1820, los franciscanos misionaron entre los indígenas guarayos, originarios del sector amazónico boliviano, oportunidad que aprovecharon para colaborar en la creación, en 1869, del Museo Nacional de Antropología y Etnología de Florencia. Después, en 1898, y en un contexto mucho más ambicioso, se organizó en Turín la Exposición de Arte Sacro de las Misiones y de las Obras Católicas, que reunía colecciones etnográficas de las misiones italianas, franciscana, jesuita, capuchina, salesiana y dominica en África, Asia y América. Fue la aportación de la Iglesia a la construcción de una «historia universal», a la que no se le escapaba ningún rincón del planeta (García Jordán, 2024).

En este contexto, resulta relevante la relación entre la ciencia y la fe, y la manera en que se fue construyendo un entramado que permitió un diálogo conciliador y constructivo, al menos por un tiempo, después de siglos de predominio de la verdad del dogma religioso. Frente a la preponderancia de la mentalidad positivista, la Iglesia Católica comprendió que debía ponerse al día, *aggiornarsi*. Por eso, además de las actividades ya señaladas, en 1925 montó la Exposición Misional Vaticana, uniéndose a la corriente que armaba por doquier exposiciones «universales», aparecidas con sistematicidad desde mediados del siglo XIX. Debido a la insoslayable función que cumplía el capitalismo como estructura dinamizadora de la sociedad, estas exposiciones fueron la oportunidad para hacer negocios, poniendo a disposición de los interesados los más diversos productos, como alimentos, textiles, ganado, fertilizantes, entre otros (López-Ocón, 2002).

3. Exposiciones y Museo Capuchino en Altötting (1906-1930)

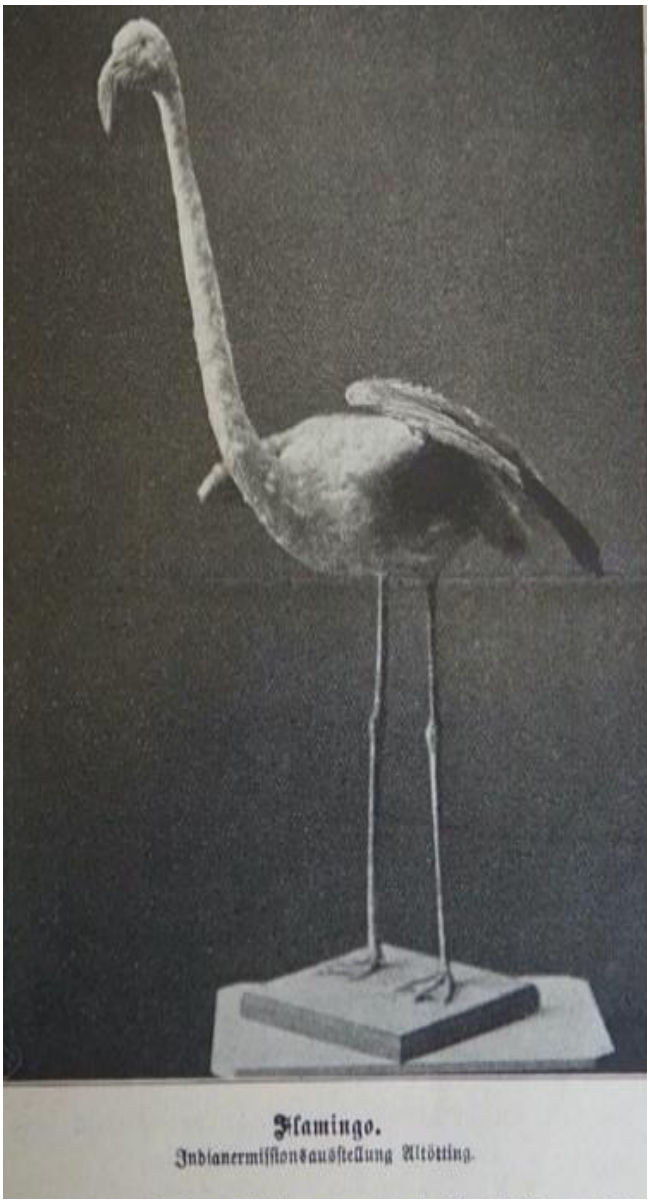
El año 1912 se publicó en la revista — *Altöttinger Franziskuskalender* (Almanaque

de San Francisco)— que los capuchinos bávaros entregaban a cambio de suscripciones y limosnas, un pequeño artículo sobre las características históricas, geográficas, naturales y humanas de Chile y de La Araucanía, titulado «*Landeskunde des Missionsgebietes der bayrischen Kapuziner in Chile*». La información fue recolectada a partir de los relatos de misioneros y de un libro escrito por un hombre identificado como «Dr. Martin», titulado *Landeskunde von Chile*, publicado en Hamburgo en 1909. El artículo de la revista contenía 5 secciones: I) Chile en general, II) el área de misión, III) la provincia de Cautín, IV) la provincia de Valdivia, V) la provincia de Llanquihue. La información proporcionada estaba acompañada de fotografías y un mapa de Chile. Entre las primeras se encontraba la de un flamenco taxidermizado. Al pie de la fotografía, decía: «Flamenco. Exposición sobre las misiones indias Altötting» (*Altöttinger Franziskuskalender*, 1912: 93). También se hacía alusión a las características físicas del «araucano», denotando la tendencia por describir y clasificar a la población en base a los estudios raciales en boga. Decía: «El araucano es de estatura media y complexión fuerte; el color de la piel es marrón claro y el cabello negro azabache cubre la cabeza grande, característica de esta raza» (*Altöttinger Franziskuskalender*, 1912: 88).

No tenemos información sobre la exposición en que el flamenco de la fotografía fue exhibido. Lo que sí es indudable es el formato en que se presenta, asido a una base de madera y sobre un mueble, en una posición propia para ser visto en un museo. Puede haber llegado a Altötting entre los años 1905 y 1910. Lo singular es que la fauna autóctona de Chile era representada fotográficamente y divulgada más allá del museo, en una revista. Lo mismo acontece con la descripción física de los «araucanos». En ambos casos, el cientificismo capuchino sirve para difundir la obra de Dios. La objetividad proporcionada por el conocimiento de los naturalistas, como se llamaba en esos años, acompañaba la expansión del mundo cristiano en tierras paganas. Tal precisión objetivante encontraba en la cartografía

detallada otra de sus manifestaciones. La mentalidad sistematizadora llevó a los capuchinos a registrar el territorio a su cargo, reforzando la «cartografía levantada por el Estado» chileno y dialogando en algún grado con el crecimiento del imperio alemán (González y Llancavil, 2017: 401; Hoth y Schuster, 2021).

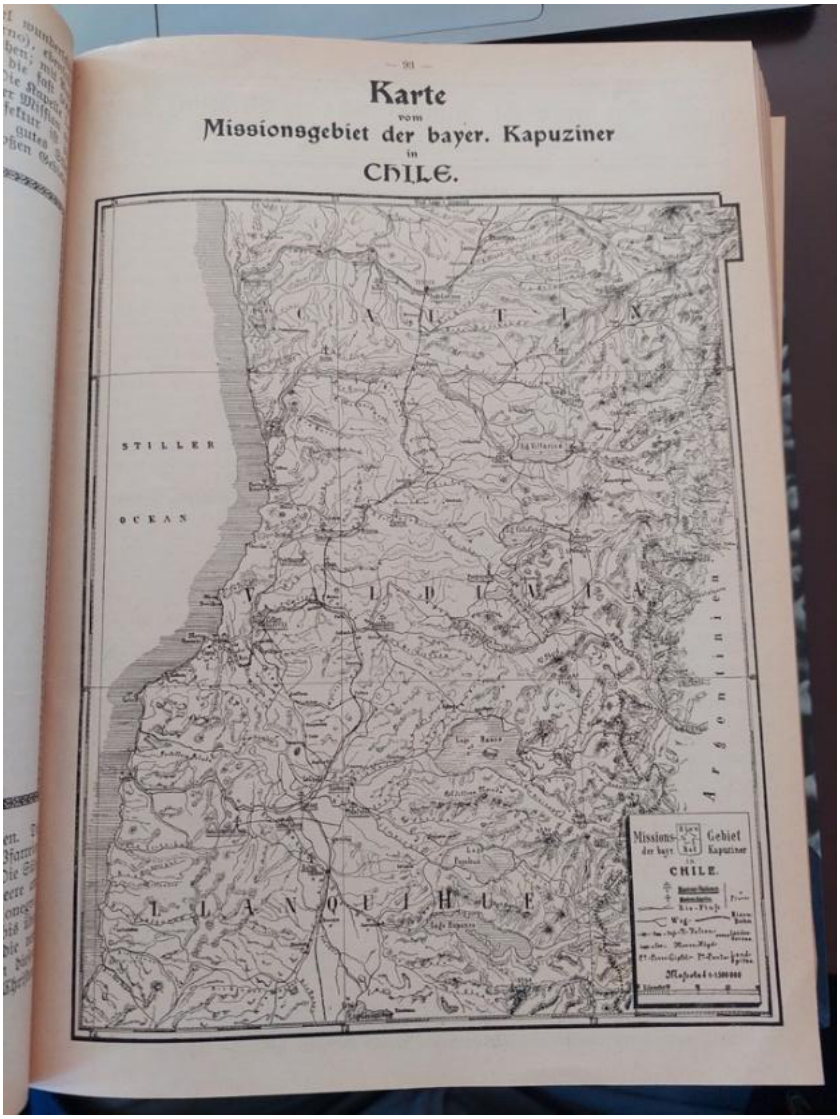
Imagen 2. Flamenco



Fuente: *Altöttinger Franziskuskalender*, 1912, p. 93. Archivo Capuchino de Altötting: Abt. IX Apostolat. Fach 101 Chilemission-Araukanie. Fasc. 154 Auslandsdeutschtum.

El avance de la misionalización debía advertir sobre la conquista del espacio de lo desconocido, lo extraño, y caminar hacia su dominio material y ontológico. Dejar atrás lo inexpugnable para moralizar y civilizar. Había que percibir y concebir el espacio de otra forma (Lefebvre, 2013). El mapa físico (Imagen 3) muestra las provincias de Cautín, Valdivia y Llanquihue. En medio del vasto territorio —vasto por la ausencia del Estado y la omnipresencia silvestre de un mundo fronterizo—, ahí, entre los indígenas, con misiones permanentes y no circulares y volantes, vivían estos hombres que, como un gotario, diseminaban gotas de modernidad. En la cartografía se observa la superposición de la organización política civil del territorio que consagra los límites jurídicos del Estado con el territorio asignado a los misioneros. Donde regía el imperio sagrado era donde se debía penetrar las almas para su transformación cultural, antesala para la salvación de los paganos. Era una doble acción política o una sola con dos orgánicas, aparentemente distintas: la del Estado y la de la Iglesia. Al mismo tiempo, los deslindes territoriales plasmados en el mapa servían al propósito bávaro de defensa de una doctrina misional. Dentro de esos márgenes debían cumplirse las disposiciones canónicas y civiles que establecían su área de influencia: al sur del río Cautín. Al norte, la soberanía religiosa corría por cuenta de los franciscanos.

Imagen 3. Mapa de la Misión Capuchina Bávara en Chile



Fuente: *Altöttinger Franziskuskalender*, 1912, p. 90. Archivo capuchino de Altötting: Abt. IX Apostolat. Fach 101 Chilemission-Araukanie. Fasc. 154 Auslandsdeutschtum.

De acuerdo al seguimiento que hemos venido realizando sobre las prácticas misionales bávaras, existe una comprobada correlación entre las diversas exposiciones en Altötting con el interés etnológico. Un pilar fundamental que atizó este interés lo constituyó la revista *Anthropos*. Fundada el año 1906 por el sacerdote alemán Wilhelm Schmidt (1868-1954), promovió la etnología católica al comprender que la labor misional entregaba una exquisita posibilidad para su desarrollo. Gracias a su prestigio, Schmidt logró que el Vaticano aceptara en su seno a esta disciplina, creándose en 1927, el Pontificio Museo Missionnario-Etnologico (Scholz, 2025).

Ayudó a la práctica etnológica de los capuchinos bávaros el hecho de optar por aislarse durante largo tiempo en las comunidades mapuche-williche, lo que les permitió aprender el *mapuzungun* y conocer en profundidad su cultura. Misioneros como Félix de Augusta, Sigifredo de Frauenhäusl, Atanasio de Hollermayer, Jerónimo de Amberga, Ernesto Wilhelm de Möesbach y Sebastián Englert, participaron activamente en disciplinas como la «botánica, la antropología y la lingüística». El mismo Prefecto Apostólico, Burcardo María de Röttingen, envió a Altötting cajas con distintos objetos para la Exposición de 1906, donde «se expusieron varios animales disecados del sur de Chile, trabajos de mimbre, artesanía, ropa, más de 100 plantas secas, cerámica mapuche de arcilla, utensilios de madera, platería mapuche y piezas textiles, así como diversas figuras antropomorfas de madera» (Helmke y Hoth, 2022: 18). Además, la colección de los misioneros se fue nutriendo también con el aporte de colonos, quienes solían entregarles objetos recolectados de diversas maneras (Gänger 2014).

Las exposiciones en el museo de Altötting tenían una disposición ordenada y clasificada. Se dividían en objetos ubicados en distintas secciones: platería, cuero, cestería y madera, piedra, entre otros. En el caso de la Exposición de 1910, se intercalaban objetos indígenas y chilenos y, por ejemplo, era posible observar tras los mostradores y vitrinas con el título de «Araucanía» la bandera chilena. El plus

de toda esta materialidad radicaba en que había sido rescatada y transportada a Europa. Era altamente valorada su circulación. En cuanto a lo indígena, eran vestigios vivos de lo superado, y ello era llamativo. También había espacio para observar su belleza y sorprenderse de la capacidad artística y estética. Era esa ambigüedad de lo primitivo que albergaba riqueza creativa y estilística.

Hacia el año 1920, se podía ver en el museo de Altötting el cuerpo del mapuche. A diferencia de los zoológicos humanos, fueron representados en esculturas de madera de tamaño natural, talladas por un alemán de apellido «Girlich». Se le solicitó fabricar a «un grupo de mapuches» colocados junto a una choza de paja para «representar una *ruka*». Vestidos con los atuendos tradicionales se armó una escenografía que incluía flora, fauna y paisaje, una escena que concluía con la presencia de un misionero que los asistía (Helmke y Hoth, 2022: 26).

Imagen 4. Representación de las misiones capuchinas en La Araucanía expuesta en el Museo Capuchino de Altötting

Fuente: «*Rulpachen ka wingkachen pu mapuche*». *Az nentukeku pu Kapuchinu patiru Mapuche Mapu mew. Evangelizar, civilizar y chilenizar a los mapuche. Fotografías de la acción de los misioneros capuchinos en la Araucanía*» (Flores y Azócar, 2017: 249).

El público alemán ávido por ver y conocer las formas de vida primitiva que había al otro lado del Atlántico, concurrió en masa para participar del espectáculo cultural de lo exótico. La materialidad de la cultura mapuche también informaba sobre sus características en evidente contraste con la materialidad europea. Se plasmaba la diferencia. Esto ayudaba a dimensionar la dificultad de la labor evangelizadora y, al mismo tiempo, el mérito que implicaba refundirlos con el Occidente cristiano y salvarlos para la historia. El éxito del museo fue espectacular. En 1911 había tenido «24.000 visitantes», y en 1913, «46.000» (Helmke y Hoth, 2022: 24). Las entradas servían para subvencionar y sufragar los gastos de la misión, junto con la venta de postales, calendarios y revistas.

Imagen 5. Exposición de la Misión Indígena (lado sur) de los Padres Capuchinos, Altötting

Fuente: *Altöttinger Franziskuskalender*, 1913, p. 81. Archivo iconográfico de la Araucanía; Fondo Capuchino; Tarjetas Postales. Universidad de La Frontera, Dirección de Bibliotecas y Recursos de Información.

La fotografía que vemos, probablemente corresponde al momento de la inauguración del museo de Altötting, en 1910. A la izquierda se ve al padre Isidoro Schmitt de Rehau (Isidoro de Baviera) sosteniendo un zorro embalsamado. A la derecha, otro misionero sostiene un animal en la misma condición, especie de roedor que podría ser un castor, nutria o coipo. Cuatro personas más miran al frente, dos de los cuales parecen ser funcionarios del lugar por sus vestimentas y sus gorras. Las otras dos personas parecen visitantes de la muestra. En la parte inferior de la fotografía, entre otros, aparecen embalsamados un puma, un pudú y diversas aves. La fauna taxidermizada revelaba el dominio tecnológico que incluía el eviscerado, el relleno con hojas secas y paja, la mantención de huesos largos, la sustitución de otros con madera, entre otros. Lo mismo ocurría con la recolección de especies vegetales —seleccionadas, clasificadas, caracterizadas y descritas—, que estaban inmersas en una geografía y un clima que también las identificaban. Eventualmente, y como quedó consignado en reportes del padre Sigifredo, la naturaleza fue traducida como recurso de trabajo y con potencial económico.

Respecto a las características del espacio del museo se ha señalado lo siguiente:

> Se trataba de una estructura liviana, con vigas en la parte superior construidas a partir de cerchas, lo que permite espacios amplios, sin presencia de postes o pilares al centro, manteniendo una estructura enfocada en los bordes o márgenes, donde se encuentran vitrinas con dioramas o múltiples objetos expuestos al interior. En los centros de las distintas salas se emplazan distintos sistemas de exposición, como vitrinas cubiertas con vidrio, que podían ser apreciadas por ambas caras (Helmke y Hoth, 2022: 25).

En el complejo espacio museo se dejan ver otros detalles:

> Al fondo de la fotografía y tras la fila de personas, en la vitrina de gran tamaño cuyos marcos están pintados de blanco, se

> observan aves y mamíferos entre los que destacan dos ñandúes, un ciervo que bien pudiera ser un huemul y algunos pudúes. En primer plano, al lado derecho, hay una tarima de gran tamaño y sobre uno de sus bordes hay un pudú y tres aves, las que al parecer serían un ganso silvestre, un traro y un pelícano, todos sobre pequeñas plataformas rectangulares de madera. Sobre el suelo entre la tarima blanca y la hilera de personas, se observa un felino, el que podría ser un gato montés o un puma de poca edad, y un ganso silvestre (Azócar, 2014: 257–258).

En cuanto a la práctica fotográfica de los capuchinos bávaros se ha dicho que muestra claramente una inclinación hacia un parámetro de «museo de ciencias naturales», donde el «indígena salvaje» se encuentra emplazado en un contexto natural, junto con mamíferos, aves y vegetación «típica», percibida por los lectores del museo y de las fotografías como algo «exótico» (Helmke y Hoth, 2022: 28).

Desde su llegada a Chile, estos misioneros supieron reconocer el valor de la fotografía para su actividad pastoral. Se le atribuye al prefecto Burcardo como el portador de la primera máquina traída a La Araucanía por la orden, el año 1898. Consciente de la importancia de la reproducción de la imagen, también se le atribuye el hecho de haber traído, en 1905, la primera prensa para crear una imprenta. En ambos casos se trata de tecnologías al servicio de la difusión, testimonio del dinamismo de la modernidad.

Imagen 6. Objetos mapuche expuestos en el Museo Capuchino de Altötting

Fuente: «Rulpachen ka wingkachen pu mapuche». Az nentukeku pu Kapuchinu patiru Mapuche Mapu mew. «Evangelizar, civilizar y chilenizar a los mapuche. Fotografías de la acción de los misioneros capuchinos en la Araucanía» (Flores y Azócar, 2017: 250).

A partir de la fotografía que muestra la Exposición Araucana en Altötting el año 1920 (Imagen 6), hemos realizado una breve descripción de algunas de las piezas que fueron fotografiadas *a posteriori* y que en la actualidad se encuentran en el Museo de los Cinco Continentes de Múnich (Museum Fünf Kontinente, München). Inaugurado el año 1862, se constituyó en el primer museo etnológico de Alemania.

Comenzaremos con la vitrina del lado izquierdo. Está distribuida en cinco pisos, a modo de escalera. Partiendo de abajo hacia arriba, el quinto piso contiene dos cabezas de animales. La de mayor tamaño y ubicada al lado izquierdo está con la cuenca ocular y el hocico cocidos (Imagen 7). Se aprecia que la parte posterior de la cabeza está cerrada por un madero amarrado con una correa de cuero. En la descripción del catálogo del año 1930 se señala que es un «canastito hecho de una cabeza de ternero»[1] (*Verzeichnis der aus der südamerikanischen Indianermission der bayerischen Kapuziner (Chile) stammenden Gegenstände in der Indianer Missions-Ausstellung in Altötting*,[2] «33. Schrankfenster… 1. Stufe: …Körbchen aus einem Kalbskopf», p. 10. En Archivo Capuchino de Altötting, Abt. IX. Apostolat. Fach 101. Chilemission. Missions-ausstellung, ca. 1930). Al revisar la reseña del catálogo del año 1906, evidencia de que llegó a Alemania antes del momento de la fotografía del año 1920 (Imagen 6), se lee lo siguiente: «Canastito hecho de la piel seca de la cabeza de un ternero, borde con enmarcación de madera» (Archivo Capuchino de Altötting, Abt. IX. Apostolat. Fach 101. Chilemission. Missions-ausstellung, 1906).

Imagen 7. Canastito hecho de la piel seca de la cabeza de un ternero, borde con enmarcación de madera

Fuente: Inventario 91–315979. Museum Fünf Kontinente München. Fotografía de Nicolai Kästner.

En la vitrina, al lado derecho de la cabeza del ternero, aparece otra cabeza con similares características (Imagen 8). Se observa sólo la cuenca ocular cocida y probablemente también se le ocupó como canasto o recipiente. En el inventario correspondiente al Directorio de Exposiciones de Misiones perteneciente al Archivo de la Provincia Capuchina Alemana de Altötting, se lee que es una «pequeña cesta hecha con cabeza de perro». En una visión más general de la vitrina, ambas cabezas-vasijas, a la que se le suma otra más pequeña confeccionada con cuero de vaca, marcan una división temática: el lado izquierdo para recipientes y el derecho para armas (Scholz, 2025, p. 238). Ambos utensilios corresponden a una instalación con una perspectiva eminentemente etnológica que pretendía mostrar la relación de la cultura mapuche con el medio natural y las adaptaciones a la vida en sociedad. Lo utilitario como manifestación de un orden socio-político y socio-cultural. El «canastito» lo sintetiza muy bien.

Imagen 8. Cesta fabricada con cabeza de perro

Fuente: Inventario 91–315920. Museum Fünf Kontinente München. Fotografía de Nicolai Kästner.

En el cuarto piso de la vitrina izquierda, el extremo derecho es ocupado por un canasto, al parecer de mimbre (Imagen 9), que da cuenta de la cestería mapuche por medio del uso de fibras vegetales. En la fotografía y clasificación realizada con posterioridad se le etiqueta como parte de un grupo de «5 canastitos» y coincide con la lógica de disponer los objetos separados temáticamente (Archivo Capuchino de Altötting, Abt. IX. Apostolat. Fach 101. Chilemission. Missions-ausstellung, ca. 1930). La cestería se identifica como una «práctica cultural» mapuche que tuvo y tiene diversos usos que van desde lo doméstico, lo ornamental y lo ceremonial. El material vegetal dependía mucho del lugar donde habitaban, por lo que se presume una «especificidad de los conocimientos construidos» para trabajar la materia prima. También se debe agregar el proceso de recolección de las fibras en el entorno físico, ejercicio espiritual por sí mismo, que posibilitaba la construcción de una relación de respeto con la naturaleza (Carrasco y Cisterna, 2019: 2–8).

Los principales objetos correspondían a los cestos o *chaiwe*, utilizados para almacenar alimentos, limpiar granos o lavar mote, entre otras tareas propias de una vida dedicada a la agricultura y ganadería. Además, se empleaban como unidad de medida en las transacciones y, fuera del ámbito cotidiano, cumplían un papel relevante en ceremonias como el guillatún y el machitún (Carrasco y Cisterna 12).

Imagen 9. Canasto de mimbre

Fuente: Inventario 90–314065. Museum Fünf Kontinente München. Fotografía de Nicolai Kästner.

En la vitrina derecha (Imagen 6), en el tabique que divide ambas vitrinas, adosada a este se encuentra colgada una boleadora, la que también hemos encontrado fotografiada, aunque no es posible ubicarla en ninguno de los dos catálogos que hemos venido siguiendo. Sin embargo, en una base de datos (SURDOC) que contiene un catálogo en línea del Centro de Documentación de Bienes Patrimoniales del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural (Chile), se encuentra el registro fotográfico de una boleadora, muy similar a la de Altötting. La ficha de esta boleadora, ubicada en la actualidad en el Museo Histórico Nacional (Chile), permite acercarnos a la descripción de la boleadora del museo capuchino. Se le consigna como una pieza perteneciente a la cultura originaria mapuche, adquirida en 1925 por el antiguo Museo de Etnología y Antropología de La Araucanía. En la reseña se detalla lo siguiente: «Objeto fabricado en cuero, de color marrón claro, consistente en tres sogas de cuero trenzada, cada soga remata en su extremo con una bola de cuero, rellena con pieles». Lo anterior nos orienta explicativamente acerca de las características de este instrumento mapuche como parte de las tecnologías que desarrollaron para la vida (https://www.surdoc.cl/registro/3-33680).

Imagen 10. Boleadoras

Fuente: Sin identificar en inventario de 1906 y 1930. Inventario 91-315914. Museum Fünf Kontinente München. Fotografía de Nicolai Kästner.

Hay dos «objetos» y una pieza sagrada más que queremos presentar como huellas de la cultura mapuche-williche encontradas en Altötting. Respecto al material con el que fueron confeccionados, se puede identificar la plata, la piedra, el cuero y la madera. El primero de ellos corresponde a una pipa de piedra (kitra) (Imagen 11). Es consignada en el inventario del museo del año 1930, lo que no significa que fuera exhibido ese año, pudiendo llegar incluso a ser parte de las piezas que formaron la primera exposición de 1906. La leyenda con la que aparece dice «pipas indígenas de distintos tamaños» (Archivo Capuchino de Altötting, Abt. IX. Apostolat. Fach 101. Chilemission. Missions-ausstellung, ca. 1930). Su hallazgo y resignificación aportaba a la comprensión de los hábitos de vida del indígena, lo que en muchas oportunidades servía para realizar comparaciones con pueblos de otras latitudes y/o de las influencias culturales de occidente. Fueron construidas de plata, greda, madera y piedra, y responden a intercambios y apropiaciones culturales entre sociedades indígenas. Para el mapuche-williche, la kitra representaba la importancia del fuego creador y destructor. Se utilizaba en actividades espirituales, medicinales, ceremonias religiosas, reuniones sociales, actividades recreativas y de orden político (Praihuan, Rapimán, Puebla y Carimán, 2025, p. 19). En esto último, el material de fabricación y su diseño indicaba el «estatus de su dueño» que podía ser un lonko, reflejando su riqueza, su linaje o su dominio territorial. En síntesis, el uso de la kitra constituyó un «modo reglado» del quehacer mapuche (Painecura, 2018, pp. 1–23).

Imagen 11. Pipa

Fuente: Inventario 91–315958. Museum Fünf Kontinente München. Fotografía de Nicolai Kästner.

La segunda pieza corresponde a un utensilio femenino mapuche de uso común. Se trata de un prendedor (Tupu) que permitía sujetar la ropa al cuerpo y mantenerla firme, principalmente en el pecho. Tiene forma de aguja o lanceta con mango redondo. Se fabricaba con aleaciones metálicas, predominando la plata (Imagen 12). De acuerdo a los catálogos, esta pieza pudo haber sido parte de la primera exposición de 1906. El inventario de ese año, decía: «se describen dos prendedores» (Archivo capuchino de Altötting, Abt. IX. Apostolat. Fach 101. Chilemission. Missions-ausstellung, 1906). También es posible que la exhibición de este Tupu sea posterior, aunque anterior a 1930. En el inventario de este último año, decía: «objetos de platería para la cabeza, la frente, el cuello y el pecho de las mujeres indígenas» (Archivo Capuchino de Altötting, Abt. IX. Apostolat. Fach 101. Chilemission. Missions-ausstellung, 1930).

Imagen 12. Prendedor de plata o Tupu

Fuente: Inventario 91–315881. Museum Fünf Kontinente München. Fotografía de Nicolai Kästner.

Por último, en el catálogo del año 1930 aparece la descripción del tambor o tamboril «de una maga indígena con piedras mágicas negras y lisas». Se trata del *Kultrún* que utilizaban las machis para ceremonias religiosas como el machitún y el guillatún (Archivo Capuchino de Altötting, Abt. IX. Apostolat. Fach 101. Chilemission. Missionsausstellung, ca. 1930). Hemos revisado en otro repositorio de la Universitätsbibliothek Eichstätt-Ingolstadt una placa de vidrio donde aparecen dos *kultrunes*, pero no podemos afirmar o descartar que uno de ellos corresponda al que mencionamos.[3]

Imagen 13. *Kultrun*

Fuente: Inventario 92–316205. Museum Fünf Kontinente München. Fotografía de Nicolai Kästner.

Respecto a la circulación de los objetos desde Chile hacia Alemania, existen informes que nos entregan algunas luces tenues, predominando la penumbra y la oscuridad. Ha sido muy difícil encontrar fuentes explícitas que describan rutas o las formas en que se gestionó su adquisición. En el caso de la fotografía donde se exhibe el *kultrún*, no es posible, por ahora, clarificar cuánta materialidad sagrada de este tipo fue sacada desde La Araucanía. En un informe redactado por el misionero de Panguipulli, Sigifredo de Frauenhäusl, fechado el año 1913, relata que había entregado al prefecto, Burcardo María de Röttingen, dos cajas que contenían distintos objetos que habían pertenecido al machi, Julián Nahuel. Sigifredo reconoce que pagó por ellos a la mujer del machi, a cambio de lo cual recibió los «útiles» que empleaba en las ceremonias de sanación, entre los que se encontraban «piedras» que aplicaba al cuerpo de los enfermos. Es probable que dentro de estos utensilios se encontrara un *kultrún*. De todas maneras, este hecho muestra un patrón de comportamiento de los capuchinos bávaros. El receptor de los objetos es el prefecto Burcardo, a quien el año 1906 también se le entregaron otros con el propósito de ser transportados a Alemania (Frauenhäusl, 2006: 353).

Las fotografías, objetos y piezas que los capuchinos bávaros coleccionaron mostraron una etapa de trabajo intenso y sostenido en el tiempo. Como señalamos, legitimarse, financiarse y prestigiarse fueron caros objetivos que persiguieron con empeño y ahínco. La actividad etnográfica no estuvo separada de la religiosa. La década de 1930 marcó una inflexión política y económica en Alemania, afectando la disponibilidad de recursos que los llevó a buscar financiamiento en distintos lugares. Acudieron a una institución alemana con sede en Berlín, llamada San Bonifacio, que apoyaba a los católicos en el extranjero. El 5 de febrero de 1936, la Junta Directiva de la Asociación San Bonifacio respondía una misiva al «reverendo archivero capuchino» al que agradecían el envío de un material —no se indica de qué tipo—. En gratitud al trabajo «cultural» de la orden se comprometían a buscar la

manera de otorgarle una subvención (Archivo Capuchino de Altötting. Abt. IX Apostolat. Fach 101 Chilemission-Araukanie. Fasc. 154 Auslandsdeutschtum).

La fecha de esta misiva es representativa del fin de un ciclo dentro de la orden bávara en Chile. En el año anterior, 1935, fallecía en la ciudad de Valdivia el sacerdote y misionero Félix José de Augusta, médico-cirujano de la Universidad de Múnich, autor, entre otras obras, de una *Gramática Araucana* (1903) y del *Diccionario araucano-español español-araucano* (1916), y uno de los primeros capuchinos bávaros en llegar a La Araucanía (1896). Para algunos historiadores, con su partida concluía la impronta marcadamente científica de la primera generación de capuchinos bávaros llegados a Chile (Helmke y Hoth, 2022).

4. Conclusión

A fines del siglo XIX y principios del XX, el Estado chileno comenzaba a consolidar su presencia material y burocrática en La Araucanía. La soberanización de dicho territorio implicó la asimilación forzada de la población mapuche-williche. El Estado-nación como proyecto político-ideológico apeló a una especie de ejército blando, al que pertenecieron, entre otros, los misioneros capuchinos. Su llegada a Chile coincidió con la unificación jurídica y socio-política de La Araucanía. Además de los quehaceres religiosos propios de la orden, frailes y hermanos que se adentraron en el territorio a evangelizar se vieron inmersos en una realidad histórica donde la autoridad de la Iglesia Católica alemana encontró cortapisas dentro del Imperio prusiano, mayoritariamente protestante. Al mismo tiempo, la secularización de la sociedad y su «mundanización» (Koselleck) imponía un nuevo orden en la jerarquía del saber. Es dentro de ese periodo histórico donde hay que comprender la acción misional capuchina en La Araucanía.

El sello de acción positivista de varios misioneros provocó un acercamiento al indígena desde una óptica que combinó los objetivos cristianos y científicos. La recolección de información cultural, tanto material como histórica, se articuló bajo un ordenamiento

sistemático que fue aprendido por los misioneros en su etapa de formación a través de la misiología —sobre todo la segunda década del siglo XX— y estimulada por la etnología católica por medio de la revista *Anthropos*. Por ello no sorprende que tempranamente hayan logrado concretar la *Chile-Missionsausstellung* (1906) y muy luego la *Exposición de la Misión Indígena* y el Museo Capuchino de Altötting (1910). Esta acción fue causa y consecuencia de los estímulos misioneros y una forma de difundir la acción misional para obtener recursos y, con ello, buscar su consagración con autoridades políticas y religiosas.

Como portadores de los paradigmas de la modernidad, los misioneros se constituyeron en los representantes de la civilización predominante. Se les consideró agentes transformadores y salvadores de unos indígenas condenados a la desaparición. No podemos pronunciarnos sobre si estos misioneros se vieron a sí mismos enfrentados a seres humanos que consideraron salvajes. Tampoco saber a ciencia cierta si las fotografías, objetos y utensilios que exhibieron los convencieron de aquello o de lo contrario. Lo que sí podemos arriesgar a decir es que les resultaron exóticos y extraños. Sin embargo, y dado los largos años que vivieron entre los mapuche-williche, fueron capaces de comprender las características de una cultura distinta. Por eso, la cultura indígena no solo ocupó el espacio del pasado, de la colección y del museo. Esta materialidad existió en una cultura viva, con tradiciones, costumbres y saberes que fueron valorados por los religiosos. Y una lengua que, en parte, los capuchinos bávaros ayudaron a rescatar.

Declaración de autoría

El autor realizó la conceptualización, Investigación, metodología, redacción –borrador original, redacción–y revisión.

Agradecimientos

Financiamiento proporcionado como Investigador responsable del proyecto ANID/FONDECYT REGULAR 1241540 (2024-2027): “Paradigmas modernos de los misioneros

capuchinos bávaros en la labor de asimilación cultural de niños mapuches en La Araucanía: intervención escolar, higiénico-sanitaria y moral-conductual. Chile, 1896-1935".

Fuentes primarias

Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Carta fechada en octubre de 1915, Temuco, Caja 54/09261, Documento 01.

De Frauenhäusl, Sigifredo, «Manuscrito original del padre Sigifredo de Frauenhäusl en la Misión de Panguipulli: año de 1905», Memoria Chilena, 2018, https://www.memoriachilena.gob. cl/602/w3-article-602852.html.

Archivo capuchino de Altötting: Abt. IX Apostolat. Fach 101 Chilemission-Araukanie. Fasc. 154 Auslandsdeutschtum. Altöttinger Franziskuskalender, 1912.

Archivo Capuchino de Altötting. Abt. IX Apostolat. Fach 101 Chilemission-Araukanie. Fasc. 154 Auslandsdeutschtum.

Referencias citadas

Alvarado, M., M. Helmke y F. Pairican (2022): «Narrativas textuales y visuales en las Crónicas del P. Bucardo Englert de Rottingen. Conversión, disciplinamiento social e insubordinación», en J. Juncosa, L. Álvarez y V. Loor, eds., *Misiones, Estado y pueblos indígenas: transformaciones de una relación histórica*, Quito, Editorial Abya-Yala, pp. 65–114. https://books.scielo.org/id/94xt2/pdf/enrique-9789978108239.pdf

Anderson, B. (2021): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.

Azócar, A. (2014): *Así son… Así somos. Discurso fotográfico de capuchinos y salesianos en la Araucanía y la Patagonia*, Temuco, Ediciones Universidad de La Frontera.

Azócar, A., L. Nitrihual, J. Flores, S. López y S. Pacheco (2015): «La tarjeta postal fotográfica y la escuela misional en La Araucanía: el discurso visual capuchino sobre sus logros en

la transformación de la niñez mapuche (1898-1939)», *Revista Signa*, 24, pp. 215–230.

Barra, L., J. Rodríguez y F. Leal (2022): «El imperio del tópico civilización-barbarie en dos novelas de Lautaro Yankas», *Revista de Letras*, 62 (2), pp. 29–39.

Barría, C. y H. Romero (2024): «La microfísica del despojo de tierras indígenas durante el siglo XIX: el caso de Manuel Jesús Jiménez y los misioneros Capuchinos de Pelchuquín en el sur de Chile», *Indiana*, 41 (2), pp. 247–268. Doi: https://doi.org/10.18441/ind.v41i2.247–268.

Bengoa, J. (1996): *Historia del pueblo mapuche: siglos XIX y XX*, Santiago, Ediciones Sur.

Candia da Silva, F. (2023): «'Ciencia misionera' en la Araucanía en los albores del siglo XX: Saberes indígenas y misioneros en tensión», *Americanía, Revista de Estudios Latinoamericanos. Nueva Época*, 18, pp. 110–136. Doi: https://doi.org/10.46661/americania.7882

Cárdenas, M. (2012): «La Sociedad Caupolicán defensora de la Araucanía (1910)», *Revista Andes del Sur*, 7, pp. 43–75.

Carrasco, N. y V. Cisterna (2019): «Cestería mapuche: usos y prácticas culturales», en *Bajo la Lupa*, Chile, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

Domeyko, I. (1846): *Araucanía y sus habitantes*, Santiago, Imprenta Chilena.

Fabregat, M. (2010): *El espectáculo de la modernidad. Ensayo acerca de la crisis y las contradicciones de la modernidad*, Iquique, Ediciones Campus, Universidad Arturo Prat.

Fabregat, M. (2022): «Procedimientos forenses practicados por médicos de ciudad en casos de homicidios de indígenas: Provincia de Cautín (Chile), 1896–1911», *Revista de Historia Americana y Argentina*, 57 (2), pp. 193–229.

Fabregat, M. (2023): «De morgue de Santiago a Instituto Médico Legal de Chile: actores, tecnologías e instituciones (1879–1925)», en C.

Sanhueza y L. Valderrama, ed., *Historia de la ciencia y la tecnología en Chile. Tomo IV. Ciencia, tecnología e imaginarios de innovación*, Santiago, Editorial Universitaria, pp. 167–188.

Fabregat, M. (2025a): «Entre la doctrina católica y las ideas de progreso. La impronta moderna del misionero capuchinos bávaro Sigifredo de Frauenhäusl en la Araucanía (1905–1923)», *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 29 (1), pp. 58–93. Doi: https://doi.org/10.35588/qvmg7e46.

Fabregat, M. (2025b): *Asclepio en La Araucanía. Perspectivas médico-sanitarias en el proceso de ocupación. Siglos XIX y XX*, Rosario, Prohistoria Ediciones.

Flores, J. (2015): «La construcción de La Araucanía a inicios de la república. Claudio Gay e Ignacio Domeyko en la Araucanía», en Y. González, ed., *Diálogos de Historia. Miradas y alcances de la investigación en Chile con enfoque regional*, Temuco, Ediciones Universidad de La Frontera, pp. 189–209.

Flores, J. y A. Azócar (2017): «*Rulpachen ka wingkachen pu mapuche*». *Az nentukeku pu Kapuchinu patiru Mapuche Mapu mew*. «*Evangelizar, civilizar y chilenizar a los mapuche*». *Fotografías de la acción de los misioneros capuchinos en la Araucanía*, Temuco/Sevilla, Ediciones Universidad de La Frontera y Editorial Universidad de Sevilla.

Flores, J. (2019): «La construcción del Estado chileno en la Araucanía a través de los papeles del Fondo de Intendencia de Cautín, 1887–1914», *Bajo la Lupa*, Santiago, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

Flores, J. y M. Fabregat (2023): «Organización sanitaria del ejército del sur en la ocupación de la Araucanía: antecedentes sobre el desarrollo de la medicina militar en Chile (1870–1889)», *Historia 396*, 13 (1), pp. 185–216.

Gänger, S. (2014): *Relics of the Past. The Collecting and Studying of Pre-Columbian Antiquities in Peru and Chile, 1837–1911*, Oxford, Oxford University Press.

García Jordán, P. (2024): *La Chiriguanía en el Museo Nacional de Antropología y Etnología de Florencia. Para una historia de la colección de objetos de cultura material chiriguana*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos.

González, H. y D. Llancavil (2017): «La reconstrucción de un espacio de poder a través de los mapas. El caso de la cartografía misional del Obispado de Villarrica, Chile (1890–1935)», *Revista de Historia Regional y Local*, 9 (17), pp. 380–405.

Gutiérrez, Á. y M. Ruiz-Mella (2022): «Análisis iconográfico e iconológico de dos fotografías publicitarias de niños mapuches hechas por los capuchinos en la Araucanía», *Calle14: revista de investigación en el campo del arte*, 17 (31), pp. 148–159.

Gutiérrez, J. y M. Fabregat (2024): «La configuración emocional del heroísmo portaliano: un análisis del funeral de Diego Portales desde la historia de las emociones», *Revista Historia*, 31, pp. 1–23, Doi: https://doi.org/10.29393/RH31-39CEGF20039.

Haringer, C. (2005): «Die ehemalige Chile-Missionsausstellung der bayerischen Kapuziner in Altötting», *Oettinger Land*, 25, pp. 178–189.

Helmke, I. y Ch. Hoth (2022): «El museo de los Capuchinos bávaros en Altötting (1906–1932)», *Revista Tefros*, 20 (2), pp. 9–43. https://www2.hum.unrc.edu.ar/ojs/index.php/tefros/article/view/1278/1641

Helmke, I., M. Alvarado y Ch. Hoth (2024): «Archivos fotográficos y patrimonio cultural. El caso de la misión capuchina en La Araucanía (1896–1935)», en P. Birle y A. Windus, coords., *Conocimiento, poder y transformación digital en América Latina*, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, pp. 217–231.

Hoth, C.; Schuster, C. (2021): «Exposiciones y cultura visual en América Latina, siglos XIX y XX. Introducción», *Iberoamericana*, 21 (77), pp. 7–13.

Koestler, A. (2014): *El cero y el infinito*, Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial.

Kopytoff, I. (1986): *La vida social de las cosas. Las mercancías desde una perspectiva cultural*, Cambridge, Cambridge University Press.

Koselleck, R. (2003): *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos.

Lefebvre, H. (2013): *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing.

López-Ocón, L. (2002): «La América Latina en el escenario de las Exposiciones Universales del siglo XIX», *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, 18, pp. 103–126.

Matus, L. (1912): «Vida y costumbres de los indios araucanos», *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 4, pp. 362–410.

Mora, H. y G. Payàs (2021): «Modelos de representación del indígena en el discurso científico/erudito. Una aproximación desde los artículos publicados en Chile durante las tres primeras décadas del siglo XX», *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, 53 (2), pp. 315–327.

Mora, H. y R. Vásquez (2018): «La Ciencia y lo 'Araucano' como ideas fuerza: Antropología y Emergencia del 'Araucanismo' en Chile», en H. Mora y M. Samaniego, eds., *El Pueblo Mapuche en la Pluma de los Araucanistas. Seis Estudios sobre Construcción de la Alteridad*, Santiago, Ocholibros, pp. 22–87.

Möesbach, E. (1992): *Botánica indígena de Chile*, Santiago, Editorial Andrés Bello.

Noggler, A. (1982): *Cuatrocientos años de misión entre los araucanos*, Padre Las Casas, Imprenta y Editorial San Francisco.

Nora, P. (1997): *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard.

Nye, J. (2004): *Soft Power. The Means of Successs in World Politics*, New York, Public Affairs.

Orrego, J. M. (1854a): «Memoria sobre la civilización de los Araucanos. 1° Parte», *La Revista Católica*, 6(365), 891–894.

Orrego, J. M. (1854b): «Memoria sobre la civilización de los Araucanos. 2° Parte», *La Revista Católica*, *6*(366), 897–902.

Orrego, J. M. (1854c): «Memoria sobre la civilización de los Araucanos. 3° Parte», *La Revista Católica*, *6*(367), 909–910.

Pagnotta, Ch. (2018): «La Exposición Misional Vaticana de 1925, los misioneros salesianos y la representación del Oriente ecuatoriano», *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, (47), pp. 59–88. Doi: 10.29078/rp.v0i47.676

Painecura, C. (2018): «Kitras de plata del Museo Regional de la Araucanía: Artefactos fumatorios en la cultura mapuche», Chile, Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam, pp. 1–23.

Pamplona, I. (1911): *Historia de las Misiones de los PP. Capuchinos en Chile y Argentina* (1849–1911), Santiago, Imprenta Chile.

Pavez, J. (2015): *Laboratorios etnográficos. Los archivos de la antropología en Chile* (1880–1980), Santiago de Chile, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Pinto, J. (2003): *La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, Santiago de Chile, Dibam.

Praihuan, Y., J. Rapimán, S. Puebla y M. Carimán (2025): *´La kitra y su rol en el mapuche mongen´*, Chile, Imprenta América.

Pinto, J. (2015): *Conflictos fronterizos en la Araucanía, siglos XIX y XX*, Temuco, Ediciones Universidad de La Frontera.

Sanhueza, C. (2025): «Conocimiento y territorio. La meteorología en la expansión del Estado de Chile en Magallanes. 1843-1863», *Magallania*, 53 (5), pp. 1–15.

Scholz, M. (2025): «Ethnographic Objects and Provenance from Missionary Contexts. The Chile Missions of Bavarian Capuchins and their Museum in Altötting, 1896-1932», en J. van Mulder; T. Coomans y D. Vanysacker, eds., *Cross Cultural Heritage. Critical Approaches to*

Missionary Legacies, Belgium, Leuven University Press / Presses Universitaires de Louvain / Universitaire Pers Leuven. Minderbroedersstraat, pp. 219–251.

Serra, D. (2022): «A Naturalist between Two Worlds. Field Collecting in Claude Gay's Forging of a Scientific Career in Chile and France», *Journal for the History of Knowledge*, 3(1), pp. 1–17. Doi: https://doi.org/10.55283/jhk.11712

Sheets-Pyenson, S. (1988): *Cathedrals of Science. The Development of Colonial Natural History Museus during the late Nineteenth*, Montreal, Queen's University Press.

Troy, J. (2018): «The Pope's own hand outstretched': Holy See diplomacy as a hybrid mode of diplomatic agency», *The British Journal of Politics and International Relations*, 20 (3), pp. 521–539.

Truccone, S. (2021): «La conquista del desierto, confianza y el principio de proximidad», *Análisis Filosófico*, 41 (1), pp. 7–36. Doi: https://doi.org/10.36446/af.2021.378.

Universitätsbibliothek Eichstätt-Ingolstadt, Signatur: VA15_S40_20. Disponible en Schachtel: https://media.ku.de/48055?show_id=48615.

Vargas Paillahueque, C. (2024): «Sobre la noción de arte Mapuche durante la primera mitad del siglo XX: tres casos para una discusión en curso», en B. Ballester, ed., *Redes del coleccionismo. El rol de coleccionistas, museos y objetos precolombinos en el montaje del presente*, Santiago, Ediciones de la Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, pp. 288–313.

Notas

1 En este caso y en los demás catálogos que aparezcan de aquí en adelante, la traducción del alemán al español ha sido realizada por el Dr. Markus Scholz.

2 Esta parte de la fuente de archivo que dice *Verzeichnis der aus der südamerikanischen Indianermission der bayerischen Kapuziner (Chile) stammenden Gegenstände in der Indianer Missions-Ausstellung in Altötting*, se puede traducir como «Lista de objetos procedentes de la

misión indígena sudamericana de los Capuchinos de Baviera (Chile) en la exposición Misiones Indígenas en Altötting». De aquí en adelante la omitiremos para hacer más breve la cita.

3 Esta colección junto a otras placas se encuentra en la Universitätsbibliothek Eichstätt-Ingolstadt y se puede consultar en línea. https://media.ku.de/48055?show_id=48615.